

MULTICULTURALISMO,
TRANSCULTURALISMO
E IDENTIDAD EN LOS MIGRANTES LATINOS

Axel Ramírez

Tradicionalmente, el enfoque de la historia de la migración México-Estados Unidos se ha inclinado más al migrante mexicano, dejando de lado el papel tan importante que han desempeñado las diversas oleadas de latinoamericanos, inclusive desde el porfiriato. Los desplazamientos latinoamericanos están fracturando ese “patrón tradicional” de la migración, entrando en conflictos innecesarios a nivel de etnias con el resto de la migración, quienes ven en los *latinos* —en la mayoría de los casos— un disruptor que compite por un salario más alto.

Esa historia debe ser reexaminada ya que el marco de este trabajo es intentar analizar dos factores que se derivan de la migración mexicana y latinoamericana: la identidad. Las explicaciones históricas tradicionales de la migración, en mi opinión, solo son una respuesta parcial al problema. La historia que contemplamos, al decir de Rodolfo Acuña, tiene que ser la de un

grupo de seres humanos que colectivamente, han sido perdedores en una sociedad que solo alaba a quienes tienen éxito.

Por lo mismo sería de mucha utilidad iniciar esta reflexión con un acercamiento a ciertos conceptos históricos que pueden conducirnos a descubrir mitos, o a tener una visión diferente de los mismos.

La objetividad de la verdad histórica continúa siendo discutida tomando como punto de partida que se acepta como premisa general la idea de que las divergencias entre los historiadores nacen en el instante en que éstos se deciden a interpretar los hechos,¹ aunque sus principios contengan bastantes similitudes.

Ranke se mostró sumamente radical cuando señalaba las limitaciones del quehacer del historiador, limitándolo al abordaje de los hechos “puros” sin interpretación ni análisis, otorgándole al “hecho” histórico toda la magnificencia de la veracidad, esto es, que teniendo a la mano un hecho histórico quedaba establecido un acto de “verdad”, punto por demás débil, ya que el defenderlo sería, en gran medida, hacer gala de superficialidad.

El riesgo mayor al que se expone un historiador es su propio quehacer, porque a fin de cuentas él es el responsable de amalgamar o desarticular los hechos para que los demás los utilicen, o quizá él sea su propio consumidor. Tal vez lo más importante sea el contexto en que se insertan determinados acontecimientos, su relación con una globalidad y con el “sistema de referencia” con que se relaciona y, esto último, se convierte en la columna vertebral para comprender el carácter relativo de lo

¹ La noción de “hecho” histórico, aunque actualmente se encuentra prácticamente en desuso, puede ser de alguna utilidad para mostrarnos las necesidades de una historia chicana, elaborada por chicanos y disponible para todo público. Cfr. Adam Schaff, *Historia y verdad: teoría y praxis*, México, Grijalbo, 1981, p. 243.

que se llama el “hecho histórico”.² Se señala muy a menudo que la historia contemporánea del pueblo chicano comienza con el mismo acontecimiento que la historia del México moderno: la Revolución Mexicana,³ y como tal no puede ser reducida a elementos simples.

La historia chicana —muy anterior a la latina—, comienza a elaborarse desde una perspectiva que antes muy rara vez era considerada: describir las condiciones sociales e históricas de las que es producto la sociedad chicana, por lo que se vislumbró la necesidad de contar con un paradigma conceptual de la sociedad funcional que permitiera revelar históricamente la relación entre cultura y economía, mecanismos de control social, carga acumulada, psicología colectiva, etcétera, que conforman precisamente el contexto histórico.

Hasta un poco antes que estallara el Movimiento Chicano, a mediados de los años 60, la historia de este grupo étnico había sido abordada e interpretada por la historiografía paternalista anglosajona, con sus consecuentes errores: crear estereotipos. Estos se establecieron desde el principio en la frontera más que en las pobladas ciudades del Este y Medio Oeste: “Se fijaron por medio de contactos, primero en tierra mexicana, y después en el violento contexto de la rebelión tejana y de la guerra mexicana de 1848”.⁴

Este tipo de historia fue el característico de una sociedad dominante tratando de interpretar a la sociedad dominada, a partir de una amplia gama de clases sociales que oscilaban desde el

² Ibid., p. 252.

³ David Maciel y Patricia Bueno. “Compilación e Introducción” en *Aztlán: historia contemporánea del pueblo chicano*, México, SepSetentas, 1976, No. 245, p. 7.

⁴ Joan Moore y Alfredo Cuéllar, *Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*, México, FCE, 1972, p. 15.

aristócrata hasta el peón, confundiendo la imagen del “mexicano” y colocándola en dos polos por demás limitantes: el mexicano de clase alta que se sentía de sangre pura o “española”, y el elemento indígena que no fue digno de captar su atención.

Sin embargo, como respuesta, surgió una generación de historiadores chicanos abocados a interpretar su propia historia desde su personal punto de vista, lo que proporcionó otro marco conceptual que algunos escritores gustan de llamar “insiders”. Tomando como base las diversas oleadas migratorias provenientes de México, y el “acomodamiento” en la sociedad estadounidense de los descendientes de estos migrantes, se intentó delimitar un punto de partida para conceptualizar la historia chicana enfocándose primordialmente en identificar los factores que separaron a esa comunidad del cuerpo de la sociedad en su conjunto, destacando ocho elementos de importancia a este respecto.⁵

La primera reflexión, es que tanto el territorio como la comunidad chicana fueron producto de una guerra con sus respectivas consecuencias sociales e institucionales; el segundo factor de importancia, elemento indispensable en este tipo de análisis, es que la comunidad chicana se diferencia racialmente de los demás sectores de la sociedad. La práctica del racismo se convierte en el tercer factor, ya que la discriminación institucionalizada se dejó sentir con toda su intensidad entre la población mexicana y de origen mexicano. El factor geopolítico puede convertirse en un cuarto apartado, ya que existe una región considerada como tierra natal que ha tenido una población considerable a través del tiempo.

La aparición de una cultura sincrética sería el otro elemento que marcaría el proceso de amalgamación y que ha creado a través del tiempo una suerte de “tercera cultura”. El sexto, lo

⁵ Juan Gómez-Quiñones, “Hacia una perspectiva de la historia chicana” en *Aztlán: historia del pueblo chicano (1848-1910)*, México, SepSetentas, 1975, p. 23.

constituiría toda la serie de problemas que como resultado de la fricción interétnica se presenta en varios planos, dando paso a un séptimo factor con incidencia en la esfera económica, tomando en cuenta que la inmensa mayoría de las chicanas (os) han sido jornaleros, peones, etcétera.

Y, el octavo aspecto, hace hincapié en que la diferenciación de éste grupo con el poder dominante, es precisamente la condición de subordinación en la que se han visto inmersos prácticamente desde la anexión del territorio,⁶ en el que la mujer sería víctima de una triple opresión.

De esta manera, la historia de las chicanas, chicanos y latinos debe ser innovadora pero también comprometida; muy a menudo se maneja la idea de la neutralidad en la ciencia por lo que sería muy importante poder analizar la idea de una historiografía chicana, como el mito de una historia libre de valores.

La irresponsabilidad científica y la responsabilidad moral son parte de un binomio que con cierta frecuencia eludimos abordar; el dogma de los Estudios Chicanos/Latinos o de que la historia de la comunidad chicana/latina compete única y exclusivamente a ellos, lamentablemente constituye una idea muy socorrida por académicos obtusos y anacrónicos que piensan que los Estudios Chicano/Latinos, como tales, no pueden tener cabida en un Centro que se dedica a otros menesteres, aunque entre su población haya un considerable número de estudiantes chicanas y chicanos, lo que representa un profesionalismo miope y estéril, así como un gran temor a comprometerse, lo cuál demuestra una actitud negligente y poco relevante.

Si los historiadores de la comunidad chicana/latina en México y en Estados Unidos, así como en otros lugares del orbe, se dedican solamente a coleccionar datos y a llevar a cabo sus deducciones a través del análisis, sin tomar en cuenta sus usos, se

⁶ Loc. cit.

puede arribar a la ilusión de que se está transitando por las más rigurosas normas científicas y, por lo mismo, dentro del marco de los más altos valores de la intelectualidad, al no enmarcar la investigación en el contexto social e ideológico. Pero, *el no decir nada no significa ser neutral*, el decir *nada* es un acto tan significativo como el decir *algo*.⁷ Las alternativas no son neutralidad y partidatismo. El no estar comprometido no es ser neutral, sino estar comprometido —conscientemente o no— al Statu quo; o sea, como decía Mills, “es celebrar el presente”.⁸

La historia chicana/latina no es una derivación de la historia estadounidense, como a menudo se interpreta en nuestro país, ni mucho menos constituye una lista de fechas y nombres de aquellos que han contribuido al “desarrollo” del vecino país del norte. La historia chicana es resultado de una historia como disciplina y de una historia como acción; de una actitud crítica en bien de una comunidad que continúa luchando por su supervivencia, pero también constituyen parte de una historia de la migración de mexicanas y mexicanos al vecino país del norte.

La Revolución Mexicana tuvo un fuerte impacto en Latinoamérica y sobre todo en la comunidad chicana porque colocó a ésta en un grave dilema, ya que tuvo que elegir entre dos lealtades. El Partido Liberal Mexicano (PLM), con la figura de Ricardo Flores Magón a la cabeza, comenzó a organizar a los trabajadores mexicanos y chicanos por medio de líderes singulares, como fue el caso de Práxedes G. Guerrero, ex minero en Colorado y talador en San Francisco, quien organizó la célula

⁷ Cfr. Gerald D. Berreman, “Ethnography : method and product” en *Introduction to Cultural Anthropology*, (ed) J. Clifton, Boston, Houghton and Mifflin, 1968. Cfr. “Social Barriers: Caste, Class and Race in Cross Cultural Perspective” en *Papers in Anthropology*, (Special Issue Honoring Morris E. Opler), Berkeley, 1977, Vol. 18, No. 2, p. 806.

⁸ Loc. cit.

denominada “Obreros Libres”, integrada por mexicanos de ambos lados de la frontera.

Dado el carácter anarquista del PLM, las mujeres tuvieron una participación activa a nivel de lideresas. Sara Estela Ramírez, de Laredo, Tejas, apoyó fuertemente a Flores Magón y fundó la Sociedad de Obreros “Igualdad y Progreso”; Elisa Alemán, de San Antonio, Tejas, fue una apasionada oradora que reclutó muchos adeptos para el Partido; Margarita Ortega y su hija Rosaura Gortari, junto con una comadre de ésta, Natividad Cruz, fueron ejecutadas por cruzar las líneas enemigas y ayudar a los heridos.⁹ También destacaron en la lucha otras chicanas como: Margarita Endejas, Domitila Acuña y Severina Garza; Concepción Martínez y Carmen Luján de California, le escribieron a Flores Magón para reafirmar su adhesión y apoyo al PLM:

...Somos trabajadoras emancipadas de las necias preocupaciones que han tenido a la humanidad esclavizada... si los hombres no han abierto los ojos para ver claro, nosotras las mujeres no nos dejamos embabucar por los policastros. Compañero Magón: duro con el burgués que desea encumbrarse para tenernos a los trabajadores con el mismo yugo que por siglos hemos padecido.¹⁰

Mientras que en El Paso, la organización femenina denominada “Cinco de Febrero” supuestamente en honor a San Felipe Neri, decidió ayudar a los heridos y familiares de los difuntos, organizando bailes y banquetes para recaudar fondos.

Las cifras oficiales señalan que 103 mil emigrantes ingresaron a los Estados Unidos en el año de 1900, aunque la cantidad

⁹ Rodolfo Acuña, *Occupied America; the Chicano Struggle toward Liberation*, New York, Harper and Row, 1972, p. 150

¹⁰ Martha Cotera, *Diosa y Hembra; The History and Heritage of Chicanas in the US*, citada por Patricia Casasa, *La Mujer Chicana en los Años Veintes*, México, CEPE-UNAM, 1996, p. 1.

se antoja sumamente desproporcionada, ya que para 1910 se estimaba un total de 22 mil, pudiendo ser de acuerdo a los especialistas hasta de 500 mil,¹¹ aunque Manuel Gamio especifica que de 1899 a 1921 fueron admitidos en Estados Unidos 278 mil 038 inmigrantes mexicanos, mientras que Meyer calcula para el período 1910-1920 la cantidad de 300 mil.¹²

La Revolución Mexicana motivó a los chicanos para volver la mirada sobre sí mismos y encontrar a los héroes más representativos de su grupo, aunque en América Latina también tuvo un impacto muy fuerte. Con esto, México les estaba otorgando el refuerzo básico para su cultura, aunque jamás les proporcionó sustitutos para lograr su verdadera autonomía.

El fenómeno del *pochismo* vino a crear una tajante división de clases sociales a mediados de la década de los 30, pero también coadyuvó a crear una conciencia de clase; la aparición del *pocho* en esa época originó una situación cuyo resultado fue la marginación social del resto de los descendientes de mexicanos, y aún de trabajadores que llegaban a los Estados Unidos en busca de mejores condiciones laborales. El *pocho* era una persona de ascendencia mexicana, nacido en los Estados Unidos o un inmigrante mexicano radicado en el país; esto es, el mexicano *americanizado* que se siente parte intrínseca de los Estados Unidos, más que de México¹³ y que usualmente se siente superior al trabajador llegado de nuestro país.

Lo *pocho* implicaba, por otro lado, el sector más integrado que no aceptaba al menos integrado, esto es; que el obrero re-

¹¹ Jorge A. Bustamante, *Mexican Immigration in the Social Relations of Capitalism*, Ph.D. Dissertation, University of Notre Dame, 1975, p. 50.

¹² Manuel Gamio, *El inmigrante mexicano*, México, Porrúa, 1967, p. 11. Cfr. Jean Meyer, *La Revolución Mexicana*, Barcelona, DOPESA, 1975, p. 96

¹³ Tino Villanueva, *Chicanos (Selección)*, México, FCE-SEP, 1985, *Lecturas Mexicanas* No. 89, p. 10.

cién llegado no era aceptado por el *pocho*, siendo relegado a una segunda categoría.

La dependencia que tenía la población mexicano-estadounidense con la superestructura dominante era por demás visible; de aquí que las etiquetas de *pocho* o *chicano* no son producto de una etapa o generación determinadas, simple y llanamente la sociedad estadounidense ha manipulado continuamente la identidad y autoidentificación de los grupos minoritarios que coexisten en su interior, por lo que el *pocho* como grupo subordinado, así como el *chicano* de los 60, reaccionaron ante la presión.

El término *pocho* ha sido certeramente discutido por Tino Villanueva quien encontró que de acuerdo con Ramos I. Duarte¹⁴ el término se deriva del sonorismo *pochi* (adj.) que significa “corto”, “rabón”, citando también a Francisco J. Santamaría, quien a su vez hace resaltar que *pocho* es el nombre con el que se designa a los estadounidenses descendientes de español, especialmente de mexicano, en el sur de Estados Unidos, particularmente en California.

Villanueva analizó, de manera bastante sobria, la explicación que hace del término Horacio Sobarzo¹⁵ para quien el vocablo *pochi* es un auténtico sonorismo de raíces indígenas. Para este autor *pocho* se origina del ópata *potzico*, que implica “cortar”, “arrancar” la yerba, lo que bien pudiera aplicarse a esos descendientes de mexicanos que fueron “arrancados” de su nacionalidad; o bien, continúa razonando Villanueva siguiendo a Sobarzo, *tacopotzi*, otra palabra ópata, se refiere a los “animales sin cola”, llegando a la conclusión de que *pocho* tiene una etimología evo-

¹⁴ Ramos I. Duarte, *Diccionario de mejicanismos*, Colección Eduardo Dublín, 1895, p. 408, citado en Tino Villanueva, Op. cit., p. 11.

¹⁵ Horacio Sobarzo, *Vocabulario Sonorense*, México, Porrúa, 1966, pp. 258-9, citado en Tino Villanueva, *Ibid.*, p. 12.

lutiva que es posible rastrear de la siguiente manera: *potzico-potzi-pochi-pocho* ; o bien, *tacopotzi-potzi-pochi-pocho*.¹⁶

Sobarzo afirma que “dentro de la clasificación *pochi* (pocho) quedaron comprendidos todos los que como la yerba fueron arrancados de su nacionalidad y corrieron la suerte de la población territorial que se *pochó* de nuestro país...”¹⁷

Lo interesante, de acuerdo con Tino Villanueva, es saber si la palabra *pocho* comenzó primero a utilizarse en México para designar a los que habían estado en los Estados Unidos y regresaban a nuestro país hablando algo de inglés, o en los propios Estados Unidos por los mexicano-estadounidenses; pero sea cual fuere la derivación u origen del término, no cabe la menor duda de que éste quedó tan enraizado en la cultura mexicana que todavía, hoy día, se utiliza para referirse a cierta clase de chicanos y/o mexicano-estadounidenses que vienen a México. Inclusive, el mismo término se aplica para los connacionales que viviendo en nuestro país utilizan en su lenguaje cotidiano algún anglicismo.

La génesis del *pachuquismo* constituye un tema abierto para todos aquellos que se interesan por ver la situación a la que se enfrentan los chicanos actualmente, ya que el *pachuquismo* surgió en una década de importantes cambios sociales, económicos y culturales para los estadounidenses de origen mexicano.

Los *pachucos* sufrían discriminación juntos, y no existe nada más eficaz para la unión que la hostilidad compartida; en pocas palabras, la generación de los *pachucos* fue la primera en hacerse ver y llamar la atención de la población anglosajona de los Estados Unidos.

El *pachuco* surge en el seno de una sociedad racista y discriminadora que lo obliga a convertirse en un rebelde aglutinándolo-

¹⁶ Loc. cit.

¹⁷ Horacio Sobarzo citado en Tino Villanueva, Idem.

lo en las pandillas de barrio, desde donde desafiaba a la sociedad dominante y a su propia comunidad.

Por un lado, hay quienes creen y sostienen que el *pachuco* es el precursor directo del chicano moderno, mientras que otros aducen que su presencia se encuentra plasmada en los jóvenes chicanos de hoy; otros más, no dudan en señalar que el *pachuco* no solo fue el creador de un lenguaje singular, sino el forjador de una verdadera cultura.

El nacimiento de los *pachucos* se liga comúnmente al proceso de migración rural-urbano, en el que las mujeres también desempeñaron un papel significativo, a una rebeldía generacional contra la cultura dominante estadounidense y aún contra la mexicana, así como a la marginación institucionalizada. Varios analistas han tratado de convertir al *pachuco* en un ser ahistórico, o como producto de una generación espontánea; para otros más, el *pachuco* se inventó a sí mismo, encajonándolos y arrinconándolos en un estereotipo que ha hecho mucho daño a través del tiempo.

El galardonado poeta Octavio Paz, dentro de su enorme talento y vasta obra prosística, tiende a tergiversar de principio a fin la filosofía del *pachuquismo* describiéndolos como entes que “sienten vergüenza de su origen”:

Lo que me parece distinguirlos del resto de la población es su aire furtivo e inquieto, de seres que se disfrazan, de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros. Cuando se habla con ellos se advierte que su sensibilidad se parece a la de un péndulo que ha perdido la razón y que oscila con violencia y sin compás. Este estado de espíritu —o de ausencia de espíritu— ha engendrado lo que se ha dado en llamar el pachuco.¹⁸

¹⁸ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1984, pp. 12-13.

Para este mismo autor, los *pachucos* eran incapaces de asimilar una civilización que obviamente los rechazaba, conduciéndolos a una suerte de hostilidad crónica, llegando al extremo de hacer un símil con la población afro-americana que de acuerdo con su muy singular punto de vista, tuvieron a bien “cruzar la línea” y asimilarse a la cultura anglosajona.

Su desacuerdo con los *pachucos* estriba en que éstos padecían repulsa hacia el sistema que los explotaba y que no habían querido arribar a una completa aculturación, situación que para cualquiera pudiera parecer lógica.

Aunque Octavio Paz deja conscientemente de lado el desarraigo que experimentó la población de origen mexicano y en constante choque cultural de las primera y segunda generaciones en el seno de la sociedad estadounidense, parece proporcionarnos, de rebote, una idea básica con respecto a la dirección de la resistencia chicana en años posteriores: el separatismo, que funcionaba como el eslabón entre los grupos de oposición del pasado y del presente.

Rastreando la historia del origen de los *pachucos*, se menciona que a principio de los años 40 ya era posible detectar dicho estilo en algunos grupos de muchachos de Los Ángeles, sobre todo en los que se denominaban *Los Polviados*, que comenzaron a hacerse notorios a principio de esa misma década, y que acudían a los almacenes más populares de la época, como el *Murray's* y el *Young's* situados en el centro de la ciudad, para adquirir sus “drapes” o trajes, y al *Prince's*, en donde compraban sus zapatos.¹⁹

Los Polviados conscientemente marcaban su distancia con los chicanos rurales y de los provenientes de otros barrios, a quienes consideraban “atrasados”, “cuadrados” o “campesinos”, lo que implicaba un nivel de jerarquías dentro del propio grupo de jóvenes.

¹⁹ Cfr. Raúl Morín, *Among the Valiants*, Alahambra, Borden, 1966.

Una hipótesis muy socorrida plantea que el *pachuco* se originó en El Paso, ya que en caló se le conoce como “El Chuco”, y debido a que se llevó a cabo una fuerte migración de esa ciudad hacia Los Ángeles, a los trabajadores recién llegados se les identificó como “los del chuco”, lo que llegó a transformarse, según dicho planteamiento, en “los del pachuco” o *pachucos*.

Los grupos de *pachucos* se diferenciaban de otros porque éstos se encontraban más unidos, más aglutinados, lo que generaba un espíritu de cuerpo diferente: padecían de opresión juntos, lo que permitía mantenerlos unidos en contra de un enemigo común. Al sentirse marginados, crearon su mundo aparte, su propio universo, llegando a hacerlo autosuficiente.

El fenómeno del *pachuquismo* surgió básicamente en una época histórica muy importante para la población de origen mexicano en los Estados Unidos, ya que durante la Gran Depresión (1929-1934) muchos de ellos fueron deportados a México por lo que hubo necesidad de reajustarse en el seno de la sociedad estadounidense. La segunda generación se aventuró más allá; a los distritos comerciales, a las playas, y al mismo Hollywood. Esa generación de mexicano-estadounidenses fue la más real y notoria para la población anglosajona en general. De este modo, nació otro estereotipo del mexicano en los Estados Unidos: *el pachuco* o *zoot-suiter*, aunque en realidad para este último adjetivo ellos preferían la palabra *drapes*.

Este traje en verdad es uno de los más funcionales que jamás se hayan diseñado. Lo llevan muchachos que tienen un tipo de actividad específica, precisamente un estilo de baile que sería un desastre para un traje común. Los bordes de los pantalones son apretados alrededor de los tobillos, para que no estorben los movimientos rápidos de los pies del muchacho.

Los hombros del saco son anchos, con suficiente espacio para movimientos enérgicos de los brazos, y los zapatos son pesados

sirviendo para anclar al muchacho al piso mientras que da vuelta a su compañera... Para los muchachos pantalones anchos de cadera y pernils estrechos, con la cintura alta, un saco suelto de hombros y largo, botines de suela gruesa y corte de pelo estilo cola de pato.²⁰

Este traje o “uniforme” era usado por los marginados como un símbolo de reto y desafío a la sociedad dominante, confirmando la hipótesis de que la ropa puede ser también un indicador de rebeldía. Sin embargo, también hubo *pachucas*... “para las muchachas, huaraches negros, falda corta negra, medias largas negras, suéter y peinado a la Pompadour.”²¹ Dicho traje representaba también un símbolo de orgullo, de distinción, y aunque muchos nunca lo usaron, otros lo adaptaron permanentemente.

El fenómeno del *pachuquismo* fue tan penetrante que influyó no sólo a una gran parte de la población joven estadounidense, sino que penetró hasta el centro de México en las décadas de los 40 y 50.

Para el *pachuco* tanto la ropa como el lenguaje eran absolutamente necesarios, fundamentalmente en los Estados Unidos, donde estos dos aspectos a los que se puede unir la conducta, tienden a ser estandarizados. El *pachuco*, de hecho, desempeñaba el papel de eslabón entre su comunidad y la anglósfera dominante, por lo que su típica forma de vestir le otorgaba un alto grado de identificación con los marginados y, de hecho, su posición separatista era una expresión contestataria.

El *pachuco*, en su incipiente conciencia de clase, buscaba reafirmarse frente a la sociedad estadounidense; se tatuaba en la mano izquierda, inmediatamente arriba del pulgar, una cruz pequeña con tres puntos, comas o rayos sobre ella; hablaba espa-

²⁰ Carey McWilliams, *North from Mexico; The Spanish Speaking People of the United States*, New York, Greenwood Press, 1968, p. 290.

²¹ Op. cit., pp. 292, 250.

ñol, pero cuando se encontraba con sus compañeros de barrio, empleaba con frecuencia el caló, una mezcla de español, inglés, español antiguo y palabras adaptadas de la frontera.

Dicha rebeldía también estaba configurada en el seno del hogar; sus padres, llegados de México o nacidos en los Estados Unidos, eran apáticos e insensibles a la avalancha de los prejuicios raciales de los estadounidenses y de la sociedad en general, por lo que el *pachuco* fue engendrado como producto del rencor hacia una generación inmóvil forjándose, al mismo tiempo, como resultado de una cultura híbrida, aunque atrapada en medio de las dos.

Es un error muy común pensar que el Movimiento Chicano se originó por primera vez en los años 60, porque en realidad de lo que se puede hablar es de un *renacimiento* o resurgimiento del mismo, manifestado por toda una serie de protestas sociales que tuvieron como escenario geográfico el suroeste de los Estados Unidos.

De hecho, los años 60 fueron un parteaguas mundial, ya que precisamente en 1960 comenzó la Revolución Cultural que tuvo como característica fundamental el choque entre dos culturas, al menos en el vecino país del norte, lo que produjo una brecha más profunda que la Guerra Civil.²²

Los movimientos encabezados por Cesar Chávez (1962, 1964 y 1965), Reies López Tijerina (1963, 1966 y 1967), Rodolfo "Corky" González (1969 y 1970), y José Ángel Gutiérrez (1967 y 1970), conjuntamente con los sucesos de Parlier, California, donde se discriminó a niños de color; la obtención de dos alcaldías; la mayoría en dos Juntas de Educación y la obtención de dos ayuntamientos por parte de mexicano-estadounidenses en

²² Cfr. Richard Dorson, *Historia legendaria de los Estados Unidos: El folklore americano desde el período colonial hasta el momento presente*, Barcelona, Aura, 1978.

Crystal City, Tejas, demostraron que el nacionalismo de los chicanos, al igual que la identificación del enemigo, podía triunfar.²³

Por otro lado, en 1969 la juventud estadounidense vuelve a manifestarse en Woodstock, el festival de rock al aire libre de New York; la incursión de la policía en Oxford bajo pretexto del robo de un radio en el dormitorio estudiantil; el encarcelamiento del pacifista Richard Harris; la marcha de protesta en Washington; los manifestantes durante la Convención del Partido Demócrata en 1968; la huelga de la Universidad de Indiana durante un período de intranquilidad del *campus* en 1969; la irrupción del ejército en la Universidad de Kent, donde hubo heridos y varios arrestados, eran solo una muestra de ese enfrentamiento generacional.

Una de las demandas prioritarias de los estadounidenses de ascendencia mexicana, fue la de los espacios educativos a todos los niveles, a los que pudieron acceder solo merced al *radicalismo cultural* que abrazaron como causa y que tuvo un impacto muy profundo en la comunidad, proyectando como resultado el surgimiento masivo de un desarrollo intelectual, mismo que propició un liderazgo chicano gestor de la filosofía del chicanismo.

El momento exacto del principio del Movimiento Chicano es sumamente nebuloso e incierto, aunque para Moore y Cuéllar “existe alguna evidencia de que el Movimiento Chicano surgió a partir de un grupo de conferencias efectuadas en la Universidad de Loyola, en Los Angeles, durante el verano de 1966,²⁴ aseveración no muy clara y bastante arriesgada porque su génesis, si bien se ubica en la avanzada californiana, se presenta también en otros lugares de manera paralela.

²³ Rodolfo Acuña, *Occupied America; The Chicano Struggle Toward Liberation*, San Francisco, Canfield Press, 1972, p. 170.

²⁴ Joan Moore y Alfredo Cuéllar, *Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*, México, FCE, 1970, p. 227.

Lo que sí debe de quedar claro es que tuvo que ser *nacionalista*, simple y llanamente porque se buscaba una *identidad* más que una *nacionalidad*, que actuara como mecanismo de defensa frente a la mayoría dominante. La cultura fue para los chicanos sumamente importante, ya que solo ella pudo proporcionarles ese sustento tan necesario como apremiante por medio de su “herencia mexicana” al interior de los Estados Unidos, por lo que a partir de ese sentimiento genuino de solidaridad, se originó una comunidad de activistas políticos e intelectuales.

Uno de los primeros problemas que surgen al abordar cualquier tópico relacionado con lo chicano/latino es precisamente el significado y uso que se le otorga a estos términos. En este renglón, existe hasta el momento un gran debate sobre el significado de la palabra *chicano*, así como de la de *latino*, aunque la diferencia de opiniones nos muestra claramente que esta variedad de interpretaciones representa también genuinas versiones ideológicas entre los diversos grupos que integran el Movimiento Chicano. La palabra se ha empleado tanto y tan a menudo en las últimas dos décadas, que corre el peligro de perder su carga semántica, o sea “que puede llegar a no decir ya nada”.²⁵

El análisis más concienzudo y la interpretación más objetiva respecto a su etimología concreta, junto con sus matices, es el llevado a cabo por un ex artesano de muebles, convertido actualmente en uno de los intelectuales más lúcidos del Movimiento Chicano, quien señala acertadamente que:

Chicano tenía un significado peyorativo usado para designar a un mexicano de clase “inferior”, entendiendo por mexicano a un ciuda-

²⁵ Tino Villanueva, *Chicanos (Selección)*, México, FCE/SEP, 1985, Lecturas Mexicanas 89, p. 7.

dano estadounidense de ascendencia mexicana, fuese oriundo de los Estados Unidos o ciudadano ya naturalizado.²⁶

Chicano implicaba, por otro lado, una categoría social de bajo estatus para referirse a un obrero eventual, transitorio, básicamente asignado a las labores agrícolas, relegado por ello a una categoría secundaria. Presionado a defenderse frente a la marginación y al dominio político, económico y social de la mayoría dominante, intentó fracturar la relación de dependencia y retomó el término *chicano* con toda su carga ideológica, para hacer frente a la sociedad estadounidense. Aún a pesar de que se han elaborado toda una serie de estudios semántico-lingüísticos para analizar la palabra a partir de sus componentes fónico-morfológicos, en la actualidad

El término chicano abarca todo un universo ideológico que sugiere no sólo la audaz postura de autodefinición y desafío, sino también el empuje regenerativo de autovoluntad y de autodeterminación, potenciado todo ello por el latido vital de una conciencia de crítica social; de orgullo étnico-cultural; de concientización de clase y de política.²⁷

Aunque, el problema mayor estriba en que existen muchas definiciones de *chicano* que dependen en última instancia del que otorgue la respuesta: “Para mí un chicano es cualquier persona de ascendencia mexicana que reside permanentemente en los Estados Unidos, quiera o no usar el término”.²⁸

²⁶ Loc. cit.

²⁷ Ibid., p. 11.

²⁸ Cfr. Juan Bruce-Novoa, “Testimonio, como México, se escribe mejor con X” en *Encuentro Chicano México 1987, Memorias*, Editor: Axel Ramírez, México, CEPE-UNAM, 1987, pp. 279-289.

En el año de 1969, durante la celebración de la Primera Conferencia Anual de la Juventud Chicana, en Denver, Colorado, el líder Rodolfo “Corky” González resucitó la palabra *chicano*, misma que plasmó en su poema épico *Yo soy Joaquín / I am Joaquín*, para referirse a los mexicanos que nacieron en los Estados Unidos y que han optado por no identificarse ni como estadounidenses ni como mexicanos. La mujer chicana jugó un papel muy importante durante los años conflictivos del Movimiento, aunque su papel nunca fue destacado por los varones.

Para el que esto escribe: “Chicano/a. (adj.) Es un estadounidense de ascendencia mexicana cuya ideología se sustenta en una herencia cultural opuesta a lo angloamericano”.²⁹ En este punto, se hace necesario aclarar que *chicano* no se emplea de manera general, ni por todas las clases sociales, ni por todas las generaciones.³⁰ El propio término ha evolucionado de manera excepcional, aunque continúa teniendo el sentido con el que se comenzó a usar. Inclusive ha sido ya reconocido por la Real Academia de la Lengua Española, abriéndose por añadidura un espacio a los inmigrantes mexicanos que arriban desde muy pequeños a los Estados Unidos, y a los que a menudo se les clasifica como *foreign born chicanos*, o sea, chicanos nacidos fuera de Aztlán.

Independientemente del origen del término, es mucho más importante considerar el hecho de que a mediados de los años 60 el adjetivo fue adoptado por aquellos que experimentaban el orgullo de una nueva etnicidad, haciendo una separación funcional entre su origen mexicano y su residencia en los Estados Unidos que los hacía diferentes.

²⁹ Axel Ramírez, “Chicano/a” en *Diccionario de Filosofía Latinoamericana*, México, UAEM, 2000, p. 97.

³⁰ Cfr. Jorge A. Bustamante, “Lo que México ha hecho por los chicanos y lo que los chicanos han hecho por México” en *Encuentro Chicano México 1988*, Axel Ramírez, Compilador, México, CEPE-UNAM, 1992.

Otra cosa importante es tener presente que la gama política de los chicanos es muy amplia y variada, sin importar cómo prefieran llamarse a sí mismos.

Con la creación del Departamento de Estudios Chicanos en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1988, se abrió un espacio académico para desarrollar sistemas de información relativos a los aspectos políticos, económicos y socioculturales de los chicanos; asimismo, se llevaron a cabo 17 Encuentros Chicanos Anuales que crearon una tradición fuerte y sólida en la relación chicano-mexicana, con la intención de que nos permita un mejor conocimiento de ese grupo para ubicarlo en un contexto más amplio y con miras a un verdadero acercamiento, abordando la problemática desde un espíritu universitario, más maduro, más realista, sin tantos estereotipos, sin paternalismos, que nos conduzcan por lo tanto a una forma de nuevo diálogo y de respeto mutuo, con la finalidad de arribar a objetivos más concretos. Por desgracia, el Departamento de Estudios Chicanos/Latinos desapareció en enero del año 2003 de manera inexplicable.

Los Estudios Chicanos/Latinos, como disciplina académica y científica, tienen que pervivir en el seno de nuestra *Alma Mater*, y de otras instituciones nacionales de nivel superior, y ser reforzados continuamente por medio de estos diálogos tan importantes, ya que por primera vez, en más de 400 años, la universidad más antigua del Continente les abrió la puerta a los chicanos con la finalidad de palpar sus raíces y embeberse de ellas, al mismo tiempo que los mexicanos puedan reflejarse en el espejo de los *chicanos*, ya que como solía decir el historiador José Fuentes Marras: *todos los mexicanos llevamos un chicano en potencia*, aunque a fin de cuentas el mexicano rechace al chicano.

El papel de la mujer latina en la migración México-Estados Unidos debería ser abordado de una forma más concisa, en más departamentos y en más instituciones, ya que su presencia en

ese país generó no solamente toda una serie de fenómenos socio culturales como los descritos anteriormente, sino que le ha otorgado una nueva faz al vecino país del norte. De acuerdo con algunas fuentes, el total de mujeres migrantes en 1992 era de 276 mil, lo que representaba el 15% del total de migrantes laborales en Estados Unidos,³¹ lo que implica que para el 2005 su número puede ser el triple o el cuádruple.

Cerca de 3.6 millones de mujeres mexicanas residen en Estados Unidos, de las que el 50% arribó posterior a 1985 y en la que una de cada cuatro cuenta con la ciudadanía estadounidense; el 86% de ellas cuentan con edades que oscilan entre 16 y 64 años, contando con una productividad alta como asalariadas.³²

Si Ciudad Juárez constituye un terreno pantanoso para las mujeres deportadas, también lo es a todo lo largo y ancho de la misma, sin embargo la presencia de la mujer ha propiciado un nuevo enfoque en la historia de las migraciones y, en el caso concreto de la relación México-Estados Unidos, a ellas les debemos, en gran parte, el surgimiento de lo chicano que orgullosamente y de manera continua, le rinde homenaje a sus mujeres.

Los *latinos* no pueden ser definidos como otro, sino como muchos *otros*, aparte de ser eclécticos, bilingües y biculturales. La identidad de los latinos resulta tanto o más problemática que la identidad latinoamericana. “Los latinos constituyen un segmento de la población de Estados Unidos que traza su origen a los pueblos de América Latina y el Caribe y que se encuentran comprometidos con un profundo transnacionalismo”.³³ Aunque dicha definición debe de llevarse más allá.

³¹ José Luis Ávila *et al.*, *Mujeres mexicanas en la migración a los Estados Unidos*, México, Conapo, <http://www.conapo.gob.mx/publicaciones/migra3/08.pdf>

³² Ídem.

³³ Axel Ramírez, *Nuestra América: Chicanos y Latinos en Estados Unidos. (Una reinterpretación sociohistórica)*, México, CIALC-UNAM, 2008, Colección Política, Economía y Sociedad en América Latina y el Caribe, No. 3.